ya del calor; difícil sería que su nombre no la hubiera tenido en el principio.

En Tegea, era adorada *Athênê-Alea*, cuyo epíteto ha dado bastante que pensar. Algunos de los vasos de Vulci representan á Athênê entre dos ó más guerreros que parecen esperar su oráculo, y esto bastó para que algún comentador hiciese de *Alea* un equivalente del *alea* latino, buscando como siempre un término parecido en cualquier lengua; pero ni la historia, ni las medallas, ni nada, han confirmado tal interpretación. No quedan más que tres medallas de Tegea en las que se ve á Athênê con una figurita al lado ofreciéndole una caja que no se sabe lo que puede contener. *Alea* no pudo ser otra cosa sino *Er-ea* (1).

Otro sobrenombre de Athênê es *Skiras*, bajo el cual se la honraba en varios sitios próximos á Athenas: en el camino de esta ciudad á Eleusis, donde había un lugar llamado *Skiron;* en Phalera, donde había otro *Skiron*, y en la isla de Salamina, en la que había un templo de Athênê-Skiras.

Se la llamaba la diosa de la sombrilla, porque se hacía venir Skiras de σκία, y se llevaban en efecto, parasoles, á la procesión del Skiroforion. Otros derivaban *Skiras* de σκίρα, calcárea blanca muy abundante allí, y decían que Teseo había hecho con esta piedra una estátua de Athênê (2).

Es lo cierto que Salamina se llamaba también Skiros (3); y cuando un nombre sirve para designación de dioses y paises, es que es muy antiguo, y debe buscarse su significación fuera de la localidad en que figura.

---

(1) Término paralelo eúskaro *alea*, el grano.

(2) H. G. *Lolling der Tempel der Athênê Skiras und das Vorgebirge, Skiradion auf Salamis*, T. I, pág. 127; 1877.

(3) Estrabon IX. I. 9.

Bien pudiera ser *Sk-ir-as* una forma de las onomatopeyas, como tantas otras. En fin, *Metis*, (Μητίς) encerrada en las entrañas de Zeus, que no llega á ser madre de Athênê por haberla guardado aquél en su cerebro, es la primera aparición de la luz, oculta en el espacio, convertida después en sabiduría por afinidad de su raíz con la que tiene el significado de inteligencia; Athênê no hace más que heredar este atributo equivocado de su madre, que es en la teoría órfica la diosa primogénita, la luz.

La fase turaniana de la evolución de Athênê se revela todavía en algunas medallas atenienses, donde, como en la bandera turca y en monedas de Iberia, puede verse el creciente con la estrella al lado.

AFRODITE, HEPHÆSTUS, HESTIA.

Los dos grandes rasgos de Afrodite (Ἀφροδίτη) son: ser diosa del amor, y haber nacido de la espuma del mar. Este último, sin embargo, es más moderno. En la Iliada, se representa como hija de Júpiter y Dionê, pero los poetas posteriores la han hecho hija de la espuma. ¿Por qué? Es bien sencillo: Ἀφροος, *Afros*, significa la espuma. La confusión de nombres, como siempre, ha encontrado una relación ficticia entre el nombre ya desconocido de la diosa y la palabra griega, término paralelo de la evolución onomatopéica, significando espuma. Mas ¿por qué *espuma*, puede preguntarse, ha de tener la misma evolución que el nombre de Afrodite? También es muy sencillo: la espuma del mar es el producto de la agitación de las olas, que ya hemos visto, fué comparada en el origen al hervor del agua, y nombrada con la onomatopeya del calor; era natural que la espuma, resultado de la ebullición del agua en la caldera, tuviese el mismo nombre que la del mar. Afros ha sido, pues, en un principio, *Ha-*

bero, después, *A-bero*, y sincopado *Afros*, hecho parisílavo en *os*, según el genio de la lengua griega. Que este es el origen, se prueba con sólo fijarse en estos otros términos, designando ideas deducidas de las ideas de fuego y de vida: αφλογος, *aflogos;* sin llama, αφλευος, *aflevos*, sin venas, *afloismos*, espuma que viene á la boca, en que la síncope formada con la *l*, no oscurece el significado propio del *ber;* sólo que, en la mayor parte de éstos, la *a* inicial es privativa, y en *Afros*, es reminiscencia de la espiración.

Afrodite es diosa del amor, porque el amor es causa de la generación ó de la producción de los seres. Es un carácter lógico por la asociación de ideas.

Max Muller, que por todas partes ve mitos de la aurora, hace también de Afrodite una personificación de aquélla naciendo de la espuma del mar, sin considerar que es este un mito posterior, y que no debe tenerse en cuenta para la interpretación. Lo único que se desprende de él, es el paralelismo evolutivo de los dos nombres de espuma y Afrodite que, de todos modos, hubiera visto cualquiera que supiese griego, como vió el poeta que intentó explicar el nombre de la diosa, de ese modo. La importancia de la aproximación de esos dos nombres no está precisamente en su parecido, que nada explicaría, porque nunca se llegaría á comprender la analogía que pudiera tener la espuma con la aurora, sino en su evolución paralela, que nos revela el origen primitivo del mito en el hervor del agua. Esto es lo verdaderamente interesante y decisivo; pero es lo que no se hubiera hallado ni apreciado nunca con el método seguido por Max Muller, ni con ninguno de los empleados hasta la publicación de este libro.

¿En qué curso lógico de asociación de ideas, pudo caber, que la espuma del mar fuese la aurora? ¿Y por

qué la aurora habría de ser luégo diosa del amor?

Afrodite no tuvo explicación satisfactoria nunca. Todo cuanto se ha dicho de su nombre es un error. *Afrodite* es el calor, principio y causa de la vida universal; pero el calor considerado en su mayor pujanza, en la concentración y concurso de todas sus fuerzas en una sola acción, y no desparramado en diferentes manifestaciones.

Así debe entenderse, en vista de la terminación abundancial que lleva, expresando el conjunto, el *todo*, cuya palabra procede también de ahí; *tot-us*.

La forma primitiva fué: *Ha-bero-thath;* pero, como la lengua griega no puede terminar ningún nombre en otras consonantes, que no sean *n*, *r*, *s*, le amoldó á su carácter, formando el de *Afrodite*. La espiración pudo haberse perdido antes, en la evolución asiática del nombre, ó bien ser la *A* inicial, simple prótasis.

Uno de sus epítetos confirma lo expuesto: por tradición, se llamaba también *Kupro*, y notando los griegos que este nombre se asemejaba al de la isla de Chypre, se supuso que se llamaba así la diosa, por ser esta isla la primera tierra en que había puesto los piés al salir del mar, después que de la espuma se había transformado en mujer. Es la eterna confusión de los nombres produciendo los mitos. Chypre, como otras muchas islas y paises, tuvo por nombre las dos onomatopeyas. Debió gustar á los hombres al principio, lo mismo que á los pueblos, ponerse nombres del mejor augurio; así que abundan mucho los de aquella clase, en la antigüedad. Otras veces designaban también de esta manera, el clima del país; y así, el Africa, por ejemplo, fué siempre la tierra del calor. Apenas hay necesidad de interpretar *Ku-pro:* es el *Ha-bero*, nombre constante de los dioses.

Afrodite no es sino el espíritu mismo de la creación

por el calor; y en el nombre tradicional *Kupro*, de idéntico significado que Afrodite, puede notarse la diferencia establecida en la forma de un mismo nombre por la evolución. Se conoce que, en una época, en que el significado de *Kupro* no era desconocido aún, se reunió este nombre al de Afrodite, comprendiendo su identidad. Es posible que fuesen dioses de tribus aliadas, que habiendo hecho su evolución á parte, acabaron por fundirse otra vez.

El epíteto *Afrogeneia* ha sido posterior al mito de la espuma, y no tiene importancia por lo tanto.

Cuanto más se avanza en este estudio, más claro se va viendo que el origen de los nombres divinos toca siempre al origen del lengüaje, y la investigación que hemos hecho, habrá quitado ya cualquier escrúpulo, que al empezar la lectura de este libro se hubiere apoderado del ánimo, respecto á la verdad de la onomatopeya producida por el hervor del agua. Nuestros lectores habrán visto ir disipándose sus dudas, á medida que los mitos incomprensibles hasta ahora, iban siendo explicados, y no dejarían de sorprenderse con este descubrimiento inesperado de las onomatopeyas primitivas, por cuyo medio tantas cosas se aciertan y se aclaran.

El nombre griego de la espuma del mar, *afros*, confirma, de una manera que no deja lugar á duda alguna, cuanto hemos dicho de la onomatopeya del calor, sobre todo, si se recuerdan al mismo tiempo, todas las otras pruebas, y principalmente los mitos de Dionyso hervido, de Viracocha en el Perú, y la caldera del trípode, convertido en símbolo hierático.

Si los griegos hubieran sabido esto último, es bien seguro que, en lugar de hacer salir á Afrodite de la espuma del mar, la hubieran hecho surgir de las burbujas de la caldera hirviendo.

Por último, el ser diosa en vez de dios, *Afrodite*, no significa nada; pues hemos visto con qué facilidad pueden cambiar de sexo los dioses: basta un subfijo mal entendido para ello. *Afrodite* convertida en mujer, debía tener esposo, y se eligió entre los dioses aquel que mejor podía convenir con su carácter de calor intenso: ¿con quién casarla, sino con *Hephæstos*, el fuego mismo? Hephæstos, nace delicado y cojo, como la llama, antes de tomar cuerpo en el combustible; su madre *Juno*, el soplo, el aire, le arroja, al verlo así, á la tierra desde el cielo, y esta caida del desprecio hace la felicidad del género humano, que pudo en lo sucesivo tener un dios visible y bienhechor en su hogar, porque es indudable que *Hestia*, el fuego doméstico, no es más que otra forma de este nombre.

Se ha supuesto que *Hephæstos* es la forma griega de un epíteto de *Agni*; es el error de siempre, confundiendo formas paralelas de evolución, con derivados.

La forma primitiva de Hephæstos no pudo menos de ser *He-ber-a*, lo mismo que la de Hestia, *Ha-er-ia*, que dieron lugar también á las formas germánicas *Herta* y *Thor*, con una *t* de enlace en la primera, y una inicial eufónica en la segunda. Por eso el martillo célebre de Thor no puede compararse más que al martillo de Hephæstos, trabajando en sus fraguas ó islas volcánicas de *Lipara*, *Hiera* ó *Imbros*, sitios del fuego, que guardan, como no podían menos, las onomatopeyas. El tránsito de las antiguas formas á Hephæstus, se explica bien: *He-ber-a* pasa á *He-phœr-a*, normalmente, y esta última á *He-phæs-a*, porque la *r* y la *s* se confunden entre dos vocales, como en *ganasa*, *generis*, γενεϛος; pero la *s*, en griego, desaparecería entre dos vocales, si no se interpusiera una letra de enlace formando *He-phæs-t-os*. Con *Hestia* sucedió lo mismo. La *s*, sustituyendo la *r*, no debía suprimirse porque era la

raíz de la palabra. Y lo que confirma evidentemente, no sólo cuanto acabamos de decir, sino toda la teoría basada en el origen cierto de la onomatopeya del hervor, es que los romanos llamaban *æstus*, el hervor del mar, ó la ebullición rumorosa de las olas, y los teutones, *brim* ó torbellino, por su parecido con la agitación del agua hirviendo. Esta analogía entre las ampollas y burbujas de la caldera al fuego, y las olas encrespadas por el viento, fué cogida exactamente desde un principio, y la palabra sanscrita *brahm*, hacer remolinos, agitarse el agua, en que tanto resalta la onomatopeya del hervor, es buena prueba de ello. No podemos juzgar más que por analogía, lo que habrá pasado en ciertos dialectos perdidos, anteriores al griego y al latín, pero es indudable que el nombre latino *æstus*, el hervor del mar, fué *ært-us* en su origen; y así como se dijo *erô* por *esjo*, se había dicho anteriormente Hestia por Hertia y Hephæstos por *He-ber-tos*.

Erechtheos ó *Erchthonius*, el hijo de Hephœstos, á quien se dedicó el magnífico *Erechtheum* del Acrópolis, conservó la forma primitiva mejor que su padre: *Er-eh-th-eos*, el soplo y el calor, como siempre, personificados en diferentes tipos, antepuesta ó pospuesta la espiración, acompañada de eufónicas, desinencias ó subfijos.

Afrodite, considerada como el principio femenino de la generación por el calor, es la esposa que convenía á Hephœstus, el fuego, manifestación viva del Dios animador. Afrodite, Hestia y Hephœstos, son, pues, desde el origen, representaciones del calor, del fuego y del espíritu.

PELOPE.

La raza maldita de los pelopidas marca bien la descendencia directa del *Bero*.

Pelops, *(Berops)*, el nieto de Zeus, el espíritu divino manifestándose en el hervor de la caldera primitiva, sufre en Grecia, la evolución antropomórfica, como todas las representaciones de lo divino, y se le atribuyen las aventuras y desventuras de una raza heróica que llegó á creerse, por un parecido de nombre, descendiente del *Bero* tradicional, convertido en héroe semidivino llamado *Pelops*. Es, pues, preciso distinguir en este mito, el elemento arcáico, del elemento griego. La tradición primitiva, oscurecida y desfigurada ya, pero relativamente arcáica, debió ser esta: *Bero* ó *Pelo-ps*, desinencia ó espiración esta última, resto de un dialecto antiquísimo cualquiera, fué un hombre de familia divina, hijo ó nieto de un dios, de Zeus, el padre de los dioses, (olvidada ya la primitiva significación del Bero). Este célebre é importante personaje debió ser hijo de un rey que á su vez, fuese hijo de Júpiter, Tántalo, mito original de la luz, y una de las mil formas ó variantes del *nombre* del soplo creador: *Tan-t-alo*, *Tan-t-ero*. Tántalo sufrió la condena que todos saben, por haber robado á *Rhea*, (su antigüedad está bien marcada en esto), un perro de oro, que había colocado ella junto á Zeus, niño aun, y su nodriza.

¿Cómo Tántalo podía ser hijo de Júpiter, habiéndole robado el perro de oro que guardaba en su infancia? Es una de las grandes inconsecuencias de los mitos secundarios, forjados por gentes que ya no entienden su mitología. Este perro de oro es el Sarameya ó la perra de la india, la aurora. Tántalo, después de haber sido una forma del espíritu creador, se convierte como todas, en época posterior, en un mito de luz indicando una de las estaciones del sol, que disuelve los reflejos dorados, último matiz del crepúsculo matutino. Tántalo, personificado, pasó á ser

en Grecia un rey de *Frigia*, de *Argos*, de Lidia ó de Corinto; esto era igual; un rey, conservando, sin embargo, su origen divino. *Bero*, el hervor, era supuesto por las tribus que legaron el mito á la Grecia, producido por el espíritu de vida, que ellos conocían con el nombre heredado, pero ya confuso de *Tan-t-er;* y Bero, pronunciado Pelops, debía ser para ellos un ser hervido en una caldera, idea sobresaliente del gran suceso primitivo que nunca se olvidaba, por más que se confundiesen los accesorios.

Como se atribuyera la causa del fenómeno al espíritu universal, y el hervor se reputase hijo del calor y del espíritu por las generaciones anteriores, *Pelops*, una vez hecha la personificación, debió seguir siendo hijo de Tántalo, personificado también en un rey. La lógica popular no se detuvo aquí: si *Pelops* fué hervido en una caldera, fué hervido por su padre; pero para hervir á un hombre en una caldera es preciso partirle en trozos; no cabría sinó; luego Tántalo hizo pedazos á su hijo *Pelops* y le hirvió en una caldera. Las consecuencias, admitida como no puede menos de admitirse la personificación, son ineludibles. Pero el pensamiento sigue trabajando; es preciso en esto como en todo, apurar el *ergo:* ¿Qué causa habrá tenido Tántalo para hacer una atrocidad como esa? Es la pregunta que se hace en seguida la razón. Pero esta pregunta ya no podía contestarse satisfactoriamente; lo único que se ocurrió, fué, que Tántalo había querido probar de esa manera, si los dioses podían ser engañados como los hombres. Se recordó su origen divino y que podía convidarlos á un banquete. Como era natural, todos descubrieron la impostura y el crimen; nadie tocó las tajadas de *Pelops*, más que la pobre Ceres, tan disgustada con la pérdida de su hija, que sin echarlo de ver, se comió un hombro. Los dioses dieron orden

á Hermes, de poner otra vez en un caldero los miembros de *Pelops* para volverle á la vida.

Vuelve aquí la idea tan admitida en todo el mundo antiguo, de que el agua hirviendo puede dar la vida; no encuentran los mismos dioses otro medio para resucitar á Pelops que ponerlo otra vez á la acción del calor en la caldera.

Se creía que Tántalo, más bien había sido castigado por haber descubierto un gran secreto de los dioses, que por este crimen. Bien podía ser Tántalo también, un nombre tradicional, y haberse confundido con el del hombre que primero hizo notar el hervor del agua, en cuyo caso sería Tántalo una especie de Prometeo, habiendo robado el calor mismo, así como el otro había robado el fuego.

No se pierda de vista, ni por un momento, que hablamos refiriéndonos á edades en que el nivel intelectual, por más que la razón estuviese desenvuelta ya, era semejante al que puede tener un niño ó un salvaje. De este modo únicamente, pueden comprenderse como ciertos, los fundamentos, á la manera de ver actual, desatinados, en que descansan los mitos.

Nosotros reputaríamos falso nuestro sistema de interpretación el día en que más lógicamente se pudiera interpretar el mito de *Pelops*.

¿No sería él solo, á falta de la otra infinidad de datos, prueba casi suficiente, del descubrimiento de la onomatopeya del calor?

CEPHALO Y PROCRIS.

No puede uno menos de sonreir, al ver los esfuerzos de ingenio y de erudición hechos por Max Muller para explicar ciertos mitos, faltándole esta clave: en el de Céfalo y Procris, que es el que mejor presenta, llega casi á la verosimilitud por la circunstancia de

ser, en su evolución griega, un mito secundario, producto ya de la confusión de los términos divinos y vulgares (1).

Céfalo (Kephalos), ama á *Prokris*, pero es amado á su vez por *Eos*, la aurora, cosa que no tiene nada de particular, siendo *Kephalos* el sol. *Eos* le aconseja, para poner á prueba la fidelidad de Procris, que se transforme ó disfrace de extranjero y vaya á ofrecer ricos presentes á su mujer, que ofuscada por las brillantes joyas, está á punto de dejarse seducir, cuando su marido se declara, y ella, avergonzada, huye á Creta, donde Artemisa le regala un perro y un venablo que nunca erraba el tiro. Kephalos, teniendo noticia de estos encantados avíos de caza, ofrece su amor á la jóven poseedora, si se los da. Procris, entonces, se descubre y hacen las paces. Kephalos cazando un día nota movimiento entre el follaje del bosque; cree que es una fiera, dispara el venablo, y mata á Prokris.

Max Muller prescinde de toda la primera parte del mito, sin duda por no haber podido reducirla ó hacerla encuadrar en su interpretación. Esta dificultad probaría por sí sola, que el mito se compone de dos partes, una más arcáica que la otra, si los nombres mismos no lo demostrasen. *Kephalos*, no significa más, para Max Muller, que *cabeza;* y supone que los griegos, al ver salir el sol sobre el monte Himeto, se les figuraba ver asomar una cabeza. Hemos visto ya, que los semitas, lo mismo que los aryas, llamaban en ocasiones, al sol, *rostro de Dios;* «rostro de Aditi» «rostro de los dioses» se lee en los Vedas; pero nunca *cabeza*, que ofrecería un relieve que no tiene el sol.

Kephalos, sin embargo, ha podido llegar á ser el sol, en el segundo período de los mitos luminosos, lo mis-

(1) *Essais sus la Mithologie comparée*, pág. 113.

mo que los términos paralelos de evolución, Surya, Osiris, Helios ó Belo. *Kephalos* es el término divino *Ha-ber*, *Ka-bel* ó *Ka-phal-os*, paralelo al griego vulgar *Kephale*, cabeza, como hemos visto ya. Fué en un principio el espíritu creador, y por eso conserva un puesto en la mitología. Si Kephalos es el dios calor ó fuego, su mujer *Prokris* ó *Procne* no pudo ser la *gota de rocío*, como quiere Max Muller, á no ser en el último período de su evolución helénica, después de confundida con el término griego πρωζ προκωζ, una gota de rocío. Esta relación del rocío con el sol es una idea poética de los griegos, que no podía ocurrirse á los hombres primitivos, y que fué consecuencia de la confusión de los términos anteriormente existentes. Sólo así se concibe la creación del mito griego; porque sinó, la pequeñez é insignificancia de una gota de rocío no merecía la pena, por cierto, de hacer de ella una diosa.

Prokris, esposa de *Kephalos*, es la creación: *Bero-j-ne Procne*, ó *Bero-ja-er-is*, contraido *Pro-kris*, y no puede ser otra cosa. Kephalos, el espíritu creador, la ama como es natural. Este es el origen del mito. Céfalo y Procris eran una misma cosa; á todo más, principios masculino y femenino, poco después. La evolución los separó en seguida, para volver á juntarlos cuando todavía se pudo averiguar que eran idénticos, salvo la diferencia de sexos. Pero el nombre de *Kephalos* estaba disfrazado ya por una corriente evolutiva más rápida, y no era extraño que *Prokris* no le conociera, aunque se le presentase con todo el brillo y riqueza de la luz solar. Esta aproximación de los dos términos paralelos, masculino y femenino, y su reconocimiento por la igualdad original de caracteres, después de una larga separación, produjo el mito arcáico. Lo que sigue después, lo antropomórfico, la huida á

Creta, la confusión con *procos* ó gota de rocío y la muerte de ésta, absorbida por los rayos del sol, es enteramente griego, y es lo que Max Muller ha logrado descifrar, sin sospechar, no obstante, el verdadero origen del mito.

Creemos que bastará lo dicho para convencer á todos, de que es preciso venir á colocarse en nuestro punto de vista, si se ha de conseguir, de ahora en adelante, una exacta y verdadera interpretación de todos los mitos.

NOMBRES DE LA TEOGONÍA ÓRFICA.

Hemos seguido hasta aquí la teogonía de Hesiodo; la órfica discrepa un poco en el período caótico, aunque sus rasgos esenciales son los mismos: de Kronos y de Rhea nacen Júpiter y sus hermanos; se repite la historia de Zeus, niño salvado y oculto, y de la piedra tragada por Kronos. Zeus se oculta en la caverna de Nix, la noche, el hemisferio infernal, residencia de *Phanés*, el soplo, el viento, el más antiguo espíritu, identificado con *Metis* y con Dionyso, el sol, hundiéndose también en la oscuridad y en el mar. Esta última identificación ha sido encontrada en un verso, citado por Diodoro (1), como de Orfeo. Zeus crece, engaña á su padre, le embriaga con *matza*, que no es *miel*, como se ha supuesto, sino el jugo de la uva, lo mismo que hizo *Can* con *Noé;* sólo que Zeus, sorprendiéndole en el sueño, le encadena y le castra, horror con el cual la raza semita, más moral, no pudo transigir. Apoderándose del poder, traga y absorbe en sí mismo á Phanés con todos los elementos preexistentes, y entonces engendra de nuevo el mundo

(1) *Diodoro*, t. XI.

con su propia esencia y conforme á sus propias ideas. Esta *kataposis* de Phanés por Zeus, es lo notable de la teogonía órfica, porque revela una revolución radical, que indica un cambio completo de teología en un pueblo primitivo, bastante civilizado ya. La operación hecha á Phanés por Zeus, apenas puede explicarse más que por un odio fanático de una religión á otra; aunque fuese natural, en el sentido simbólico, arrancarle con el poder el emblema de la reproducción y de la fecundidad.

De esta absorción se dice que proviene á Zeus el epíteto de αρχη. No lo creemos; porque este como el de *Herkeyos*, sólo significan en él, espíritu ó soplo creador lo mismo que el de *Zagreus* aplicado á Dionyso.

Zagreus representa un gran papel en la teogonía órfica; es el «*niño cornudo*» hijo de Zeus y Persephone, el niño mimado que se sienta en el trono á la derecha de su padre, destinado á heredar la autoridad y á lanzar el rayo, vigilado y guardado por Apolo y los *kuretes*, (*ha er?*). *Hêrê*, celosa, excita contra él á los Titanes que le atraviesan con una espada mientras se ocupa en mirarse al espejo. En seguida le descuartizan, y cuecen en una caldera, llevando Athênê el corazón, única cosa que pudo recoger, á Zeus. Apolo recoge los restos, vuelve á quemarlos, y dando el corazón á Semele, Zagreus es engendrado de nuevo por ella bajo la forma de Dionyso.

Sabiendo que Dionyso es el sol poniente, la fábula se comprende bastante bien. El espejo en que se mira Zagreus, es el mar, en el que se va á hundir; los Titantes son los genios sombríos de la noche; las olas del mar figuran la caldera hirviendo, por la tradicional aproximación que se hacía entre ellas y el hervor; Zagreus es *Ha-bre-us*, que pasa á aquella forma, como *verde* á pasado á *green*; *Semele*, *Hem-ere*, es la fuerza